

IV Jornadas de Estudios sobre la Infancia. Lo público en lo privado y lo privado en lo público. Universidad Nacional de General Sarmiento - Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, 2015.

Los recuerdos y experiencias de los niños y niñas de la colonia agrícola ?17 de Octubre - La Capilla? (Décadas 1950 y 1960).

De Marco Celeste.

Cita:

De Marco Celeste (Abril, 2015). *Los recuerdos y experiencias de los niños y niñas de la colonia agrícola ?17 de Octubre - La Capilla? (Décadas 1950 y 1960). IV Jornadas de Estudios sobre la Infancia. Lo público en lo privado y lo privado en lo público. Universidad Nacional de General Sarmiento - Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/celestedemarco/3>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pkft/UaP>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Los recuerdos y experiencias de los niños y niñas de la colonia agrícola ‘17 de Octubre - La Capilla’ (Décadas 1950 y 1960)¹

Celeste De Marco
CONICET/CEAR-UNQ

1. Introducción

La colonia “17 de Octubre/La Capilla” fue creada en 1952 durante el peronismo histórico en la zona rural periurbana² de Florencio Varela, partido ubicado hacia el sur del Gran Buenos Aires (GBA).³ Hasta mediados de la década de 1960, su desarrollo se caracterizó por la consolidación de las producciones y el desarrollo de la vida social. En este proceso contribuyeron varios factores entre los que se destacan la adecuación productiva de los lotes a las expectativas oficiales, sobre todo de acuerdo a su ubicación; la reapertura de una escuela primaria rural; la creación de una cooperativa agrícola, y el carácter de las relaciones forjadas entre los colonos. Junto con las familias de los colonos, en su mayoría inmigrantes, llegó también un nutrido grupo de niños y niñas que cubrieron con sus juegos y trabajos el paisaje cotidiano de La Capilla.⁴

¹ La presente ponencia forma parte de una investigación en curso sobre la niñez en colonias agrícolas oficiales ubicadas en el periurbano bonaerense, en la segunda mitad del siglo XX, desarrollada en el marco de una beca CONICET, en el Centro de Estudios de la Argentina Rural (CEAR/UNQ).

² El periurbano es un territorio productivo, residencial y de servicios, un entramado de explotaciones primario-intensivas que conforma el denominado cinturón verde, cuya ventaja productiva es estar emplazado en la proximidad a los grandes centros urbanos (Barsky, 2011). La colonia “17 de Octubre/ La Capilla” se encontraba a 45 km de Capital Federal y 30 km de La Plata, y a 15 km de la ciudad cabecera de partido.

³ Fue bautizada como “17 de Octubre” en referencia a los acontecimientos del 17/10/1945, considerados fundantes peronismo. Luego del derrocamiento de Juan D. Perón en 1955, en la documentación y para sus habitantes pasó a llamarse “La Capilla, tomando el nombre de la zona rural del partido.

⁴ El interés que ha tenido el tema de la niñez en el campo académico colaboró en la producción de interesantes estudios, incluyendo el ya clásico trabajo sobre la infancia de Ariès (1993) o sobre la individualización de los niños, de Gèlis (1994). En este sentido general, también podemos mencionar a Naya Garmendia y Dávila Balsera (2005), quienes laboraron sobre las representaciones surgidas en torno de la infancia a través de la historia.

En el ámbito de los estudios realizados en la Argentina, resulta indispensable recurrir a Carli (2002, 2003) quien trabajó la temática desde múltiples perspectivas, incluyendo los discursos que se han presentado sobre la infancia desde la política y la literatura, especialmente durante el peronismo, y su más reciente trabajo sobre la memoria de la infancia (Carli, 2011). Se destaca también el texto compilado por Míguez y Lionetti (2010) sobre la infancia en la Argentina, entre 1890 y 1960. De modo más circunscrito en el tiempo, se encuentran las investigaciones sobre la infancia en la ciudad de Buenos Aires entre fines del siglo XIX e inicios del XX, como las de Cowen (2004) y Ciafardo (1994). Más vinculadas a nuestro objeto de estudio, existen trabajos que analizan la niñez rural, principalmente en dos sentidos. Por un lado, en relación con el trabajo, su aporte a la estructura familiar, entre los cuales pueden indicarse el análisis que realiza Cerdá (2009) centrado en el ámbito de la vitivinicultura mendocina, y los de Aparicio (2007, 2012), Rausky (2009, 2010) y Neiman (2012) para períodos más actuales. Por otro lado, en vínculo con el aspecto educativo, y dentro de estas investigaciones podemos

En la vida cotidiana el conocimiento está distribuido socialmente, es decir, los individuos lo poseen en grados diferentes (Berger y Luckmann, 1968 ed. 2005: 65). Esto es relevante para nuestro estudio porque el acceso al mundo de las colonias periurbanas del siglo XX es mayormente a través de una mirada sesgada por la mente infantil, objetivo del presente trabajo, que abordaremos desde diversas perspectivas.

La niñez en este tipo de espacios estuvo sumamente integrada al mundo del trabajo, de aquí que los niños compartieran saberes con los adultos, y en muchos casos, asumieran responsabilidades en la producción, excediendo el rol de una simple colaboración.

En este punto, interviene la cuestión de los recuerdos. Ciertamente, de la totalidad de experiencias vividas, la memoria retiene una pequeña porción que luego se “sedimenta”, que queda *estereotipada* en el *recuerdo* como un grupo de *entidades reconocidas y memorables*. Si esta "sedimentación" no se produjera, el individuo no podría hallar sentido a su propia biografía. Y esto sucede también en un plano intersubjetivo, cuando "varios individuos comparten una biografía común, cuyas experiencias se incorporan a un depósito común de conocimiento" (Berger y Luckmann, 1968 ed. 2005: 91)

En este sentido, entendemos que entre lo sucedido y el relato, median una serie de representaciones. Las personas acceden a la realidad, a lo cotidiano, a través del sentido común que es socialmente elaborado, y en el que participaban procesos de comunicación y de pensamiento social. De estas construcciones sociales se obtienen estereotipos, opiniones, creencias, valores y normas que integran orientaciones actitudinales, positivas o negativas (Araya Umaña, 2002).

destacar la de Ascolani (2012) sobre la escuela primaria rural argentina durante las tres primeras décadas del s. XX, y Gutiérrez (2007), quien analiza las políticas educativas sobre educación rural durante el período 1897-1955, especialmente en el apartado de propuestas de orientación agrícola en el nivel primario, y las representaciones gestadas entorno de este particular grupo social (Gutiérrez, 2010). Dentro de aquellos trabajos que se dedican específicamente a concertar memoria y niñez, señalamos el aporte de Halbwachs (1968), pues dentro del análisis de la memoria colectiva incluye la formación de los recuerdos en los niños. Desde una perspectiva más concentrada en las funciones de la memoria familiar y su relación con la formación del individuo, mencionamos el estudio de Muxel (1996). Encontramos también la investigación de Devillard (2001), para el caso de niños exiliados a la URSS durante la guerra civil española, desde la memoria y la narrativa. A su vez, Pazos (2008) integra la cuestión de la construcción de la subjetividad a través del relato autobiográfico. Destacamos también el reciente libro de Bjerg (2012) sobre los recuerdos de niños que vivenciaron el exilio en Argentina, en la segunda posguerra. Para períodos de tiempo más recientes, Moscoso (2008) analiza el recuerdo en niños migrantes ecuatorianos en España. Las investigaciones mencionadas, de carácter general, han realizado valiosos aportes en el estudio de la niñez. Aun así, encontramos un vacío en cuanto a estudios que se aboquen de forma específica al análisis de los recuerdos de quienes fueron niños en un espacio rural definido como lo es una colonia en el contexto general de las prácticas relacionadas con la niñez, especialmente desde lo educativo.

El presente trabajo se propone recuperar las voces de aquellos que fueron niños rurales en un espacio de colonización periurbana a mediados del siglo XX, con el fin de indagar qué características adquirió la niñez en este tipo de entornos, qué se recuerda y de qué modo. Se abordará la llegada a la colonia y las condiciones de vida allí, sobre todo en los primeros años. También el hecho de ser “migrantes” como carácter compartido por la mayoría, la importancia de la escuela, las actividades cotidianas y el rol de los niños en el trabajo familiar, todos aspectos relacionados con el arraigo a un espacio en el que interactuaban cuestiones materiales y simbólicas con características determinadas.

Para encarar el análisis acudimos a una estrategia metodológica de tipo cualitativa, basándonos en entrevistas semi estructuradas realizadas a hombres y mujeres que vivieron en la colonia, nacidos entre 1939 y 1946, es decir, que tuvieron entre 5 y 13 años, durante el período 1952-1960, etapa de crecimiento y consolidación del proyecto.⁵

El recorte etéreo elegido responde a la edad de escolarización, ya que los niños asistían a la escuela primaria de la colonia, lo cual homogeneizaba sus actividades, tiempos y relaciones. Por otro lado, también se atendió a una circunscripción espacial, ya que los entrevistados/as vivieron en la fracción “A”, el espacio que concentró la mayor cantidad de lotes y se conoció posteriormente como “colonia vieja” por ser el primero en ser inaugurado en 1952, donde además se encontraban la escuela, la cooperativa y el ateneo. También se incorporaron entrevistados/as de la fracción “B”, fundada en 1954. El análisis se complementó a través del uso de fuentes documentales y gráficas disponibles, sobre el período y la colonia en particular.

Con el fin de abordar los recuerdos que perviven en quienes vivieron su niñez en “17 de octubre/La Capilla”, en vínculo con los modos de vida propios de un entorno rural periurbano atravesado por el cruce entre dos mundos -el rural, en el que transcurrió su existencia cotidiana y el urbano, cuya cercanía e interrelación con la colonia no podía eludirse- es imprescindible presentar las características del proyecto colonizador.

2. La colonia agrícola “17 de Octubre/La Capilla”. Los comienzos y el arribo de las familias

⁵ Nos basamos en una muestra de ocho entrevistas que si bien no pretenden ser generalizables al conjunto de los habitantes de la colonia periurbana, permiten una mirada a las diversas experiencias en ese contexto.

El nuevo valor que cobraban los espacios periurbanos en el marco de una creciente preocupación por el crecimiento desmedido del conurbano bonaerense y la necesidad de proveer alimentos baratos a su población, permitió que la zona rural de “La Capilla” viera nacer, crecer y consolidarse un proyecto de colonización agrícola con características particulares a inicios de la década de 1950.

La gobernación de Domingo A. Mercante (1946-1952) le otorgaba importancia a las cuestiones vinculadas a la colonización en la retórica y en la práctica, con un acentuado interés en construirse una plataforma política propia de cara a las elecciones presidenciales de 1952 (Blanco, 2008: 120-121). En este contexto se planificó la creación de la colonia, para lo cual se compraron en 1948 las 1.587 hectáreas que componían la antigua estancia “Santo Domingo”, perteneciente a una familia escocesa con importantes vínculos sociales y políticos en el partido de Florencio Varela, los Davidson.⁶ La adquisición fue por compra directa, ejecutada a través del Instituto Autárquico de Colonización de la provincia (IACP).⁷

El loteo de la colonia, sin embargo, se hizo durante el período gubernamental de Carlos V. Alóe (1952-1955). En 1952 y 1953 se realizaron los primeros llamados a licitación y las entregas de las tierras a quienes se habían postulado como colonos ante el Departamento de Colonización del Ministerio de Asuntos Agrarios (MAA) de la provincia de Buenos Aires. Los terrenos se dividieron en tres fracciones (A y E, luego B) que estaban compuestas por lotes que oscilaban entre las 4 y 10 ha.

De acuerdo a su ubicación y al tamaño de las parcelas, las actividades proyectadas eran de tipo intensivo. La horticultura y la floricultura predominaron, acentuando una lenta transformación que se había iniciado desde hacía dos décadas en un partido dedicado históricamente a la ganadería. Este cambio productivo se produjo, en gran parte, por la labor de unas doscientas treinta familias colonas de orígenes muy diversos, entre los que

⁶ La familia Davidson sostenía vinculaciones con grupos de la élite argentina así como la británica. Lograron un establecimiento efectivo, poseyendo extensiones incluso en otros partidos de la zona, lo cual denota que tenían relevancia en la entonces pequeña e incipiente sociedad de Florencio Varela, no sólo en razón de su progreso económico, posesiones y prestigio, sino por las actuaciones por parte de miembros del grupo familiar en la política local (Flores, 2004; Dodds, 2004)

⁷ El Instituto tuvo sus orígenes en 1936, durante la gobernación del conservador Manuel A. Fresco (1936-1942). Fue refundando en 1948 durante la gobernación del peronista Domingo A. Mercante.

destacaban japoneses e italianos, dedicados al cultivo de flores y hortalizas, respectivamente (De Marco, 2014: 32-36 y 47-53).

En general, las familias que llegaban a la colonia se habían dedicado previamente a la agricultura en sus lugares de origen, aunque en calidad de arrendatarios.⁸ Sin embargo, las similitudes eran limitadas: había diferencias en cuanto a sus procedencias, experiencias en el tipo de trabajo rural, conocimiento del idioma castellano, pertenencia e integración a organizaciones comunitarias. Incluso, se enteraron del proyecto por diversos medios: por la circulación de la novedad en sus espacios de socialización, la difusión de la convocatoria por canales oficiales, la residencia previa en zonas aledañas o por el ingreso vía acuerdo internacional bilateral, entre Italia y Argentina.

Para explicitar estas diferencias, es interesante comparar las dos comunidades predominantes de la colonia. Las familias japonesas, en general, se encontraban desde hacía varios años en Argentina como arrendatarios en otros partidos del GBA. Como colectividad desarrollaron intensos vínculos, plasmados en la formación de centros, cooperativas propias y diversas actividades orientadas a mantener su idioma y cultura.

Los italianos, por su parte, se encontraban divididos en dos grupos. Algunas familias habían llegado por sus propios medios y empezaban su trabajo en el lote adjudicado sólo con algunos saberes previos, relacionados con sus lugares de procedencia, conocimientos que no siempre eran aplicables a las nuevas producciones. Un segundo grupo había ingresado a la colonia mediante un convenio bilateral firmado en 1953 con Italia. El acuerdo les aventajaba en varios aspectos: incluía la provisión de herramientas y la construcción de una casa en el lote a cargo de los organismos involucrados. Además, a los varones mayores de 18 años se les exigía la participación en un curso de capacitación dictado en los predios de “Santa Catalina” (Lavallol, Esteban Echeverría, GBA Zona sur). En el curso -de duración cuatrimestral, aunque podía extenderse- se dictaban clases

⁸ Esto tenía correspondencia con uno de los requisitos impuestos por el MAA, que los postulantes no debían ser propietarios de un lote igual o mayor al que deseaban acceder.

prácticas de huerta y granja, idioma castellano y otros contenidos orientados al arraigo de los inmigrantes.⁹

Las procedencias y las condiciones en que las familias llegaron fueron muy heterogéneas, incluso dentro de una misma colectividad. Su llegada significó que desde sus inicios la colonia recibiera en su seno un importante grupo de niños que replicaban las características étnicas y culturales de sus familias en sus actividades.

3. Los recuerdos de los hijos de la colonia

Las memorias individuales, como advierte Halbwachs (1968) y también Jelin (2002), siempre están enmarcadas socialmente. Aunque son producciones de individuos que conforman sus propias identidades -pues los recuerdos son singulares-, no se recuerda aisladamente, sino dentro de una memoria colectiva plasmada en una narrativa. En otras palabras, si bien cada persona tiene recuerdos propios y un relato singular, se puede advertir un sentido común otorgado al acto de recordar, que trasciende lo individual. Los recuerdos subjetivos se ubican en una matriz grupal, por lo que recordar es una narrativa que reviste de sentido a un pasado compartido (Jelin, 2002). En términos de Pollak (2006), podría decirse que hay allí un “hito”, memorias que generan lazos de relación entre las personas.

Los niños de “17 de Octubre/La Capilla” compartían el hecho de identificarse a sí mismos como migrantes. Esto ciertamente se vincula con el hecho de que dos de cada tres familias eran de origen extranjero, y por ende, también muchos de los niños. De hecho, varias familias inmigrantes se instalaron en la colonia a poco tiempo de haber ingresado al país, con todas las complicaciones de adaptación que ello acarrea para todos los miembros de la familia. No obstante, se puede afirmar que la condición de “extranjeros” era válida para la mayor parte de los niños: ninguno vivía previamente en los campos colonizados, ni en la zona rural de Florencio Varela.¹⁰ Se podría decir que los niños podían integrar tres grupos: los que habían tenido recorridos transoceánicos; los radicados en otros partidos del

⁹ Banco de la Nación Argentina. *Memoria y balance general*, 1954. Capítulo II. Colonización, p. 48; Ministerio de Finanzas de la Nación. Banco de la Nación Argentina. Bases para el convenio entre el Banco de la Nación Argentina y la Universidad de la ciudad Eva Perón, 1953.

¹⁰ El proyecto no surgió por demanda de los vecinos de la zona en precarias condiciones de explotación de la tierra, como en otros casos similares, sino por una iniciativa oficial.

conurbano bonaerense, dedicados a actividades agrícolas y los que provenían de ciudades, con nulo contacto con el mundo rural. Todas las familias que fueron seleccionadas, dejaron atrás un país, un lote o una casa en la ciudad, en consecuencia, los niños también abandonaron sus barrios, amistades y escuelas, iniciándose un proceso de adaptación al nuevo espacio. El movimiento, la migración y en definitiva, el desarraigo fue una cuestión compartida si bien resulta obvio que los criollos compartían ciertos rasgos que facilitaba su radicación, como el idioma.

Si el hecho de percibirse a sí mismos como foráneos en el lugar era un rasgo común, también lo fue la difícil adaptación al nuevo entorno. A pesar del auspicioso comienzo que significó la entrega de los lotes y la regular presencia del Estado en los primeros años (ver *Imagen 1*) –que iría disolviéndose, hasta desaparecer por completo en las décadas siguientes-, el recuerdo de los entrevistados coincide en que los primeros tiempos no fueron fáciles.

Imagen 1. Acto realizado por el MAA en la colonia “17 de Octubre/La Capilla”, septiembre de 1958.



Grupo de niños, hijos de colonos y alumnos de las escuelas que funcionan en la colonia a quienes se les obsequió con un chocolate

Fuente: Periódico Asuntos Agrarios, N° 62, septiembre de 1958, p. 10

Las primeras familias colonas llegaban a un lote con impenetrables pastizales que hacían imperioso el trabajo de desmalezar la tierra. En lo que a este aspecto se refiere, Ángel recuerda lo inaccesible e inhóspito del lugar: “No había nada. Nosotros hicimos la mudanza

de noche y cuando nos levantamos a la mañana era... *parecía la Siberia eso*".¹¹ A pesar de haber vivido sus primeros años en un entorno rural -llegó a los 8 años desde Berazategui, donde su familia trabajaba un lote en arriendo-, la llegada a la colonia no dejó de causarle una impresión vívida que aún hoy se dibuja en torno a lo árido y yermo del paisaje, evaluación que se reitera en otros relatos.

Aun cuando a mediados del siglo XX en una zona cercana a las grandes ciudades la situación era diversa a la de las primeras etapas de colonización en Argentina, permeada por el acceso a los bienes y servicios de la ciudad, las vivencias de quienes fueron niños colonos evocan privaciones, inconvenientes y sacrificios en las primeras etapas de instalación. Entre las situaciones más comunes se encontraba la falta de recursos para adquirir implementos de trabajo, un transporte para comercializar las producciones o la instalación de una bomba de agua, indispensable para facilitar el riego de los cultivos. A estas dificultades, se sumaba el hecho de que las casas se construían poco a poco. Los pisos de tierra y techos endebles eran las condiciones predominantes de aquellos primeros tiempos, sobre todo para quienes no obtenían créditos para la construcción. La inclemencia del clima, ante cuya crudeza cedían las construcciones, constituye otro tópico revisitado en sus relatos: "Cuando fuimos a la colonia la primera vez, cuando fuimos a hacer la casa... llovía. Cuando fuimos a la semana, todas las paredes al suelo. Cuatro veces las tuvimos que levantar, por el viento. Nos dieron ladrillo, todo eso sí, pero préstamos del banco para hacer la casa no".¹²

María B. llegó a la colonia en 1952 desde Ciudadela (Tres de Febrero, GBA Zona Oeste) cuando tenía 5 años y vivió sola con sus padres. Recuerda que, incluso cuando algunas familias japonesas floriculturas habían logrado progresar y construir invernáculos de vidrio, las tormentas arrasaban dejando los cultivos destruidos, la pérdida era total y había que comenzar de nuevo. Entre sus recuerdos, también pervive un día de tormenta particular en el que su padre tuvo que aferrarse a la viga del techo de chapa para evitar que éste se

¹¹ Ángel Stanicia, italiano, quintero. Llegó a la colonia cuando tenía 8 años. Luego de casarse se radicó en otra zona de La Capilla, donde continuó dedicándose a las labores rurales. (Entrevista realizada por la autora en marzo de 2014, Florencio Varela).

¹² Stanicia, Alberto, italiano, jubilado. Llegó a la colonia en 1952 desde Berazategui (GBA, zona sur), donde se dedicaban a la agricultura, cuando tenía 12 años. Se dedicó junto a su esposa María a la horticultura en la colonia, hasta fines de los años 70. (Entrevista realizada por la autora en marzo de 2014, Florencio Varela).

desprendiera. Ella se había refugiado debajo de la mesa junto a su madre, quien le rogaba a su esposo que volvieran a la ciudad, abandonando definitivamente el lote. La adaptación no fue un proceso sencillo.

A pesar de que la colonia se hallaba en un ambiente periurbano (a 15 km de la ciudad cabecera del partido), la cuestión de la distancia estaba presente. El trayecto que mediaba entre los lotes y la ciudad impedía que los niños asistieran diariamente a otra escuela que no fuera la de la colonia. Sin embargo, la lejanía se vivía de formas diferentes. Los días -y noches- de lluvias y tormentas intensas, las cuadras campestres teñidas de barro intransitable, constituyen imágenes evocadas de forma común por todos los entrevistados. Para algunos, esto no deslucen un buen concepto general de aquel período de sus vidas, mientras que para otros es sinónimo de frustración, aburrimiento y soledad.

“Las cuadras allá eran kilométricas [...] estaba el lote de mi tío y el nuestro en una cuadra... y *no había nada más*.”¹³ La representación de las distancias, mediadas por el recuerdo infantil, se magnifican en el relato, pues en aquel período en las inmediaciones había vecinos japoneses, italianos y portugueses, no obstante, predomina la sensación de vacío.

La lejanía, sin embargo, era contrarrestada por la posibilidad asequible de ir a la ciudad. Este vínculo se daba especialmente en los viajes al centro de Florencio Varela, donde las familias se abastecían de alimentos y herramientas, e incluso realizaban salidas recreativas, especialmente al cine. En otros casos, como los de Ángel S. y Martín G., los viajes se hacían al mercado del Abasto y a Chacarita en Capital Federal, para comercializar la verdura producida por la familia.

El deseo de ir a la ciudad era ampliamente compartido por todos los niños, la sensación de lontananza, sin embargo, varía de acuerdo a la condición de cada familia: la dedicación de sus miembros en el trabajo del lote, los vehículos que usaban, la organización de las rutinas impartidas por los padres –algunos niños tenían asignadas tareas que implicaban viajar al centro para comercializar las producciones-, y la formación de la familia.

¹³ María Baglione, argentina, jubilada docente. Llegó a la colonia en 1952 desde Ciudadela (GBA, zona oeste) cuando tenía 5 años. Vivió en el lote con sus padres, quienes habían emigrado desde Entre Ríos. Se dedicaron a la floricultura, tambo y porquerizas, hasta 1964. (Entrevista realizada por la autora en septiembre de 2011, Avellaneda)

Para Feliciano N., hija de japoneses, el vínculo con el entorno urbano se presentaba de un modo muy lejano, prácticamente nulo. Se percibe que la rutina de abastecimiento diario de su familia, ligado al progresivo grado de organización de la colonia, generaban el distanciamiento con la urbe:

No, veníamos muy poco. ¿Qué hacíamos? Y... como veníamos tan poco, mirá, no sé, casi nunca veníamos. Comprábamos ahí en la Capilla, había un almacén de los Pascuali, y después venían en carro, vendían, pasaban una vez al mes. El carnicero venía casi todas las mañanas, el panadero también, a domicilio, el lechero venía a la tardecita, ordeñaba la vaca y después... venía y vendía la leche.¹⁴

María B., por su parte, recuerda los cumpleaños, el silencio al caer el día, las noches haciendo los deberes escolares con luz insuficiente y “las semanas enteras de lluvias sin poder salir de la casa, pasaba horas en la ventana esperando ver pasar alguno, y no veía a nadie... por ahí, cuando pasaba uno con un carrito, me ponía contenta. Me divertía ver que se mojaban y yo no”. Denotando que a pesar de la cercanía los contactos con la ciudad eran espaciados, también rememora el sumo cuidado en el ahorro de las pilas para escuchar la radio a la hora de la cena en familia, y los esperados viajes al centro: “Ir a la ciudad era una alegría, un jolgorio. Mis papás iban a comprar las cosas para la casa y de paso, pasábamos por alguna panadería y nos comprábamos algo rico. Cuando venía mi tía Tacua a visitarnos y se quedaban varios días, nos poníamos muy contentos, era la alegría más grande tener visitar para las fiestas”.¹⁵

El caso de Atilio S. es diferente. Emigró desde Italia siguiendo a su padre, que había llegado a la Argentina unos meses antes. Aunque eran italianos, no fueron beneficiados por el convenio bilateral al que se refirió más arriba. Ubicados primero en González Catán (La Matanza, GBA zona oeste), los comienzos para él resultaron dificultosos pues recuerda las burlas de los compañeros de la primera escuela a la que asistió. En cambio, la vida en la colonia resultó un aliciente, sobre todo por la integración a la escuela N° 4 donde se sintió

¹⁴ Feliciano Nagai, argentina, profesora de nivel secundario. De origen japonés, llegó a la colonia en 1953 cuando tenía 10 años, junto a sus padres y dos hermanos menores, luego en la colonia nacieron dos más. Previamente, sus padres estuvieron trabajando en Paraguay, Misiones y Escobar, partido de la provincia de Buenos Aires, en tareas relacionadas a la floricultura. Terminó la primaria en la colonia, y cursó estudios secundarios en el centro de Florencio Varela. (Entrevista realizada por la autora en octubre de 2014, Florencio Varela).

¹⁵ María Baglione

incorporado y contenido, a pesar de la barrera idiomática. Además, al ser parte de una familia numerosa, sus vivencias fueron diferentes, pues tenía pares con quienes hablar y tareas asignadas en el lote. Una experiencia similar es la de Martín G. Su familia se había dedicado al cultivo de la tierra en Las Flores (partido del centro de la provincia de Buenos Aires), por lo cual el desplazamiento fue vivido como una continuidad en el modo de vida. Para los adultos convertirse en propietarios de las tierras trabajadas era un incentivo que mitigaba las dificultades, y era una cuestión que se vertía sin duda en los niños. En este sentido, al recuperar en su relato las apreciaciones de los mayores los recuerdos son positivos.

El paso del tiempo proporcionó notables mejoras en la calidad de vida de los colonos. Contribuyó la formación de la cooperativa “Evita/La Capilla” en 1953 por iniciativa de los habitantes de la colonia, la cual incluía un almacén, y un espacio destinado a reuniones sociales y celebraciones (fiestas patrias en que se presentaban bailes folklóricos organizados por la escuela y en los que participaban los alumnos, kermeses, casamientos, cumpleaños, e incluso se invitaban orquestas de tango), junto con la creación de una biblioteca comunitaria.¹⁶

Dentro de este panorama, también se incluía a los niños. Ser vecinos les permitió a los más pequeños planificar actividades y compartir tiempos de esparcimiento. Mientras las niñas se visitaban en sus casas, los varones usualmente se reunían en grandes grupos para jugar al fútbol: “Los domingos íbamos a jugar al fútbol ahí en La Capilla, en la cancha eran cincuenta de un lado y cincuenta del otro, y todos se divertían, ¡qué lindo!”.¹⁷

La colonia ofrecía espacios de sociabilidad y se fue construyendo como un entorno que sufría transformaciones debido al trabajo mancomunado de todos sus habitantes, permitiendo que trabajaran, se abastecieran y a la vez se relacionaran, no sólo los adultos, sino también los niños. En este último sentido, la reapertura de la escuela primaria rural N° 4 en las cercanías de los lotes resultó fundamental, un hecho posible por la llegada de familias con hijos pequeños que se organizaron para restablecer la oferta educativa en la zona. El siguiente apartado analizará el aspecto educativo, junto con la colaboración de los

¹⁶ María Baglione

¹⁷ Ángel Stanicia

niños en las producciones familiares, una cuestión propia de las explotaciones rurales familiares en las que el trabajo infantil se considera, además de un complemento a la mano de otra adulta, una parte muy importante en la socialización de los niños. Una razón por la cual frecuentemente es invisibilizado como tal.

4. El impecable guardapolvo y la tierra. Educación y trabajo familiar.

En el marco de una etapa caracterizada por el adoctrinamiento en la educación al intensificarse el nivel de propaganda, particularmente visible en el material escolar, la provincia de Buenos Aires se plegó al programa nacional mientras la cuestión central pasaba a ser el trazado de un nuevo proyecto educativo.¹⁸ Este período coincide con la gobernación de Carlos Aloé y su relación con las directivas nacionales, cuando estaban vigentes el Segundo Plan Quinquenal y la denominada “vuelta al campo”. Fue justamente durante este momento histórico que tuvo lugar la creación de “17 de Octubre/La Capilla” y dentro de ella, la refundación de la escuela primaria rural N° 4 “Florencio Varela”.

En cuanto a la educación en las colonias de Buenos Aires, la ley que permitió la refundación del IACP (N° 5.286, 1948) integraba un aspecto ausente en la ley anterior (N° 4.418, 1936). El Instituto ahora tendría a su cargo en cada colonia constituida “la creación de una escuela primaria de orientación agraria con la colaboración de la Dirección General de Escuelas”.¹⁹ Se contemplaba así la necesidad de fomentar ofertas educativas específicas en estos espacios, y el caso de Florencio Varela no fue una excepción.

En el marco de la referida ley de colonización, la llegada de familias con hijos en edad escolar en 1952 generó una demanda concreta en la zona. La iniciativa implicaba reabrir una escuela ubicada en terrenos linderos a la colonia, creada originalmente en 1892 y

¹⁸ Las características que adquirió la educación durante el período verticalista del peronismo histórico ha merecido amplio interés académico. En este sentido, podemos mencionar algunos trabajos compendiados en las colecciones sobre educación dirigidas por Puiggrós (1993a, 1993b), especialmente aquellos que analizan el discurso pedagógico peronista y la cultura política. Otro grupo de trabajos analizan las políticas educativas, la propaganda y las reformas legislativas que caracterizan el período (Cucuzza, 1997; Plotkin, 1994; Carli, 2002; Rein, 2005) así como el material didáctico utilizado, especialmente los libros de primaria (Wainermann y Heredia, 1999).

¹⁹ Ley Provincial N° 5.286, Art. 77, b, cursivas nuestras.

abandonada desde hacía por lo menos diez años.²⁰ Su refundación en 1953 fue un pilar fundamental en el desarrollo, arraigo y sociabilidad de los niños y niñas (De Marco, 2012). El recuerdo de los entrevistados es que todo el material requerido por la escuela era provisto desde el gobierno, de manera coherente con las directivas político-educativas que regían. Las maestras incluían el Segundo Plan quinquenal como contenido en sus clases y se les solicitaba a las docentes que enviaran todo lo que los estudiantes hubieran hecho al respecto.²¹

La conformación de “17 de Octubre/La Capilla” se replicaba en el único salón en el que se reunían los hijos de los colonos para el dictado de las clases. Con edades y niveles de aprendizaje disímiles, la matrícula estaba formada por niños y niñas de diversas colectividades. La fotografía (ver *Imagen 2*) fue tomada en la escuela cerca de 1956, cuando ya se había trasladado al edificio nuevo, y permite dar cuenta de la multiplicidad étnica: a cuatro años de la creación de la colonia, la escuela N°4 contaba con nueve alumnos japoneses, siete italianos, cinco argentinos, y los restantes, de nacionalidad polaca, ucraniana y portuguesa.

La heterogeneidad del grupo se tradujo inicialmente en dificultades en cuanto a la integración, sin embargo, la escuela logró a lo largo del tiempo este objetivo: “El primer año fue algo... primero que los chicos no sabían el idioma, imagínate un calabrés ‘cerrado’, un portugués, ¡rusos!, teníamos compañeras ucranianas, vos imagináte pobre mujer la maestra cuanta paciencia habrá tenido”.²²

²⁰ La escuela se ubicó en 1952 en la deteriorada edificación original donde había funcionado desde sus comienzos, en terrenos linderos a la colonia. Aproximadamente en 1956 la escuela se trasladó a un edificio nuevo en el lote N° 40 dentro de la colonia, equipado con todos los implementos necesarios para el dictado de las clases.

²¹ María Baglione

²² María Baglione

Imagen 2. Alumnos de la escuela de la colonia junto a las docentes, circa 1956.



Fuente: Propiedad de María Baglione

Pero la escuela no era sólo aquel lugar donde cursaba la primaria. Era además, por excelencia, el espacio en el que los niños y niñas creaban lazos de compañerismo y amistad que trascendían las horas áulicas: “de la escuela volvíamos todos juntos, en ocasiones veníamos hablando de los deberes y todo eso arriba de la ‘chata’, hasta que llegábamos cada uno a su casa y al día siguiente era igual, bueno, eso era cuando yo tenía 6 años”.²³

La actividad escolar era medular en la vida de los hijos de la colonia, no sólo brindaba contenidos educativos sino que en ese proceso además los involucraba, al tenerla como centro de sus actividades. Los días de semana asistían por la mañana el horario regular y los sábados, luego de la clase de catecismo, algunos alumnos se ponían de acuerdo para pintar la escuela y, ocasionalmente, arreglar el jardín para fechas patrias.²⁴

Aunque en el grado confluían niños de procedencias diversas, la comunicación no fue siempre un impedimento y la convivencia en la escuela era pacífica: “lo que tenía de bueno

²³ Martín Giallonardo, argentino, comerciante. Sus padres italianos se instalaron en Las Flores (provincia de Buenos Aires, centro) donde se dedicaban a las faenas rurales. Junto a sus 12 hermanos se dedicó a la producción hortícola en el lote y años más tarde fundó una empresa familiar, “Giaver”, distribuidora de hortalizas. (Entrevista realizada por la autora en agosto de 2013, Florencio Varela).

²⁴ Martín Giallonardo

era que no éramos tanta cantidad y no había chicos traviosos, nos llevábamos bien prácticamente con todos, muy difícil era que te pelearas”.²⁵

Con el tiempo, la integración fue un resultado tan buscado, como inevitable: “Nos ayudábamos, éramos muy comunitarios, muy solidarios. Yo, por ejemplo, hablaba con los italianos que recién venían o con los japoneses, las familias Arakaki, Nakasone, eran “japoneses-japoneses”, y nos entendíamos todos en la escuela. Pero había también ucranianos, polacos, había alemanes. El tema es que entre nosotros nos hablábamos como si fuéramos todos argentinos y ellos se sentían incorporados”.²⁶ A esa situación colabora la actitud permeable hacia los pares que suele predominar en la infancia.

Las palabras con que uno de los alumnos describió la experiencia de transitar la primaria en la colonia coincide con el recuerdo común compartido de la escuela como un espacio de comunión, ayuda mutua, compañerismo y unidad: “La escuela N° 4 fue la alegría más grande que tuve yo en la Argentina”.²⁷

El efecto integrador de la institución escolar era incuestionable. Resultó influyente el hecho de que, dado que muchos alumnos eran extranjeros, estaban igualados en sus necesidades de adaptación. La escuela fue fundamental al poner en contacto niños con costumbres, intereses, experiencias, saberes y lenguajes distintos. Sin embargo, en el relato de los entrevistados se conjugan diferencias propias de personas de procedencias tan variadas, con un profundo sentido de unidad y solidaridad que trascendía las dificultades.

Si la escuela fue una parte importante en la vida de los niños y niñas al organizar sus tiempos, intervenir en sus rutinas y profundizar sus vínculos, también hizo lo propio el trabajo en los lotes. No obstante, las tareas rurales no eran iguales en esfuerzo físico y dedicación de tiempo.

Las diferencias en cantidad y cualidad de los trabajos se atenían principalmente a la edad. Hasta los 10 años, aproximadamente, las tareas eran generalmente adaptadas a las capacidades físicas de los niños. Ilustramos lo dicho con el caso de Martín, quien a sus

²⁵ Atilio Santoro, italiano, comerciante. Su familia se instaló en 1952 en la colonia cuando él tenía 6 años, junto a sus 7 hermanos. Laboraron en el lote en la producción de hortalizas. Posteriormente, la mayoría de los hermanos se mudaron al centro de la ciudad, con diversos emprendimientos comerciales, manteniendo en arriendo los lotes adjudicados (Entrevista realizada por la autora en septiembre de 2013, Florencio Varela).

²⁶ Martín Giallonardo

²⁷ Atilio Santoro

cinco años ya tenía responsabilidades en la producción familiar, al igual que su hermano Hugo, también pequeño. Sus labores eran en las barracas de tomates o chauchas “donde hay que carpir, ablandar la tierra, regar, arrimar la tierra a la raíz para que la planta vaya creciendo, y ese era el trabajo que hacíamos mi hermano y yo”.²⁸

Entre las responsabilidades de los niños mayores, estaban el arar la tierra con caballos, el manejo de tractores, y el carro donde trasladaban los enseres, e incluso las producciones.²⁹

En cuanto a este tipo de responsabilidades (Aparicio, 2002), Atilio refiere que cuando tenía 12 años, en 1959, su familia consiguió un lote adicional luego de numerosas solicitudes. Aunque en estos casos se procuraba que los lotes solicitados estuvieran próximos al habitado, a la familia Santoro le entregaron uno a 7 km de distancia: “Pero claro, no teníamos camión, no teníamos camioneta, coche, entonces había que ir con el carrito para llevar las herramientas. *Y así iba yo, que era el que andaba con el caballo y las herramientas, de un lado al otro, trabajando*”.³⁰

Cuando se alcanzaba cierta estabilidad y prosperidad, las familias procuraban adquirir un tractor o bien un transporte más adecuado para comercializar las cosechas. Para distribuir los productos, los varones generalmente armaban los paquetes o atados de verduras, cargándolos y conduciéndolos hasta los puntos de venta. A su corta edad, eran los encargados de conducir por la zona rural del trayecto.³¹ Sin embargo, aunque era una tarea más bien reservada a los varones, las mujeres no sólo sabían cómo desempeñarse en ella, sino que lo hacían con cierta regularidad. Ciertamente, las niñas no quedaban exentas del panorama del arduo trabajo familiar en la colonia, se contaba con su colaboración y las tareas no eran necesariamente de menor intensidad. En algunos casos, trabajaron desde los inicios con la adecuación preliminar del terreno. La experiencia de Antonia, que tenía 13 años cuando llegó con su familia a “17 de Octubre/La Capilla”, esclarece este punto: “Era cardo, alambre y nada más. Cardo, cardo, todo camino de tierra. No había nada. Lo primero que tuvimos que hacer fue trabajar y plantar las plantas para sombra”.³²

²⁸ Martín Giallonardo

²⁹ Alberto Stancia

³⁰ Atilio Santoro

³¹ Ángel Stancia

³² Stancia, Antonia, italiana, ama de casa. Llegó a la colonia cuando tenía 13 años. (Entrevista realizada por la autora en marzo de 2014, Florencio Varela).

El inicio de la temporada de siembras y posteriormente las cosechas, intensificaba las tareas. El desgaste físico, el momentáneo, pero también el duradero, así como la obligatoriedad en la participación formaron parte de la experiencia: “Todas tareas pesadas hacíamos y lo teníamos que hacer, y lo hacíamos [...] Yo le digo la verdad, me morí trabajando en La Capilla”.³³ La experiencia de María C., quien llegó en 1956 a los 12 años a la fracción “B”, miembro de una familia italiana con cinco hijos -cuatro mujeres, un varón- que se había dedicado a las faenas rurales en su país de origen y luego en Ranelagh (GBA, zona sur), desde donde se mudaron a La Capilla-, también ilustra con claridad que se volvía difusa la división entre trabajos de hombres y de mujeres: “nosotras hacíamos lo mismo que un hijo varón. Después fuimos aprendiendo a hacer de todo, a manejar el tractor cuando mi papá lo pudo comprar, porque había que ayudar. Cargar los cajones, las jaulas de tomates arriba de la rastra, porque no había carrito, nada. Pero bueno, el trabajo era un trabajo muy bruto, de hombres, no era para mujeres... pero lo hacíamos igual”.³⁴

Sin embargo, la participación de las niñas en las producciones no era igual en todos los casos. Las familias extensas con tradición en tareas rurales les otorgaban una mayor parte, en tanto que aquellas con menos hijos, que habían ido a probar suerte a la colonia, privilegiaron la educación al trabajo, siendo los padres los que se encargaban de las ocupaciones del lote. En estos casos, las pequeñas podían aprender las tareas si lo deseaban, por curiosidad o entretenimiento, aunque no se les exigía que lo hicieran. Incluso cuando la estrategia familiar planteada entorno al trabajo incluía a las niñas, su respuesta dependía del compromiso de los padres, el reconocimiento y de los resultados en el largo plazo. En otras palabras, la recompensa por el trabajo realizado atenúa, e incluso tiñe con un matiz de añoranza las pesadas tareas rurales que desempeñaban.

El testimonio de María C. reafirma las cuestiones mencionadas: “al trabajar en familia, los chicos, los grandes, los padres, todos trabajaban juntos”. Se destaca el trabajo mancomunado del grupo familiar, el reparto equitativo de tareas entre géneros, sin dejar de reconocer el enorme esfuerzo que implicaba su participación en la quinta.

³³ Antonia Stanicia

³⁴ María Ceccini, italiana, ama de casa. Llegó a la colonia en 1956 desde Ranelagh (Berazategui, GBA, zona sur) cuando tenía 13 años. Trabajó en la quinta junto con sus padres y cuatro hermanos, hasta su casamiento con Alberto Stanicia. Luego emigraron temporalmente a Italia. (Entrevista realizada por la autora en marzo de 2014, Florencio Varela).

El trabajo en el campo de ninguna forma desligaba a las pequeñas de las tareas domésticas donde debían colaborar con sus madres, quienes al trabajar a la par de los hombres, legaban en sus hijas las principales ocupaciones hogareñas. Dentro de este espectro se destacaban la preparación de los alimentos; el arreglo, lavado y planchado de la ropa; el cuidado de los hermanos más pequeños y la obtención de agua para consumo de la casa y de los animales, a la vez que se ocupaban de la limpieza y alimentación del gallinero y porqueriza. Si la familia tenía tambo, también se dedicaban al ordeño de las vacas para la obtención de leche y la elaboración de queso, manteca, cuajada, entre otros productos, tareas que se consideraban más “sencillas”.³⁵

La experiencia de Feliciano ilustra claramente las múltiples ocupaciones de las niñas colonas, sin distinciones de nacionalidad: “Trabajaban mis padres y yo era chica pero les ayudaba un poco, cuidaba a mis hermanos también y yo trabajé muchos años ahí en el lote. En las vacaciones les ayudaba a sacar yuyo, cortar las flores para mandar al mercado, hacer los paquetes, todo eso. Y ayudaba a mi mamá a preparar al té, a veces hacía el almuerzo, le ayudaba a pelar las papas, limpiar la verdura”.³⁶

El trabajo estuvo presente en la vida de los niños y niñas pues ocupaba su tiempo, pero también la mayoría de ellos iban a la escuela y ambas actividades debían conjugarse. Esto no resultaba sencillo, y aunque generalmente las familias no se negaban a mandarlos, la primera maestra-directora de la escuela reabierta afirma que “tenía que pelear para dejaran venir a los chicos”.³⁷

La colaboración con el trabajo familiar era un hecho ineludible. Otro ejemplo es el de la familia japonesa Shimabukuro. Llegaron a la fracción “A” en 1952 con sus seis hijos para dedicarse a la floricultura. El trabajo insumía la mayor parte del tiempo y esfuerzo de todos los integrantes, incluyendo a los más pequeños. Si bien los cuatro hijos menores pudieron asistir a la escuela primaria de la colonia, sólo los dos últimos continuaron estudiando cuando tuvieron la edad suficiente (Bermani, 2010, p. 128-129).

³⁵ María Baglione; María Ceccini.

³⁶ Feliciano Nagai

³⁷ Nélica B. de Marconi, argentina, primera maestra y directora de la escuela primaria rural N° 4 desde 1952 hasta la década de 1980. Emigró desde Entre Ríos, llamada por su hermano para asumir la dirección de la escuela. (Entrevista realizada por la autora en agosto de 2013, Florencio Varela).

El relato de Héctor, integrante de otra familia japonesa, también ilustra en este sentido la relación entre los niños, el trabajo y la escuela. Los Gushiken llegaron desde el partido de José C. Paz -zona centro-norte, GBA- en 1954, cuando él tenía apenas un año. Sus primeros años de vida estuvo rodeado de las tareas inherentes a la producción de los lotes: floricultura y luego plantación de verduras. Recuerda que él, al igual que muchos otros niños, se levantaba a la madrugada “para colaborar con el trabajo diario y después iban a la escuela y cuando volvían seguían trabajando [porque] *a la vuelta de la escuela tenían mucho para hacer*” (Bermani, 2010, p. 36-37). Pero no sólo el tiempo se repartía entre la quinta y la escuela, ya que los niños japoneses asistían también al club de la colectividad para aprender sobre la cultura y el idioma.

En la memoria de Martín, miembro de una familia ítalo-argentina de trece hermanos, aparecen conjugadas las tareas escolares y el trabajo de la tierra, puesto que él “mientras estudiaba en la escuela, trabajaba en el lote también”,³⁸ al igual que sus hermanos.

El trabajo de los niños y niñas era una realidad en el paisaje de la colonia, como en el de otros emprendimientos semejantes. Esta situación incidía en el hecho de que la escuela no tuviera huerta o actividades prácticas orientadas a la vida rural, a pesar de estar estipulado en la ley de colonización. En primer lugar, porque muchos niños llegaban cansados a la escuela, “algunos se dormían en los pupitres del cansancio”, explica la maestra-directora, “era como pedirles que hicieran de nuevo lo que ya habían hecho todo el día”.³⁹ En segundo lugar, porque los contenidos que se indicaban en la normativa escolar ya eran conocidos por los alumnos y aplicados a diario. En este sentido, se invertían los roles. María B., alumna de la escuela señala: “¿Qué podían saber las maestras, las pobres mujeres que venían a enseñarles a leer y escribir?, ¡sabían más los chicos que las maestras!... sí que hacían a veces, nos sacaban un día en la semana a ver tractores, huertas... pero *ellas aprendían de los chicos*”.⁴⁰

³⁸ Martín Giallonardo

³⁹ Nélide B. de Marconi.

⁴⁰ María Baglione.

Reflexiones finales

La presente ponencia, que se propuso recuperar recuerdos y experiencias de los niños y niñas de la colonia agrícola ‘17 de Octubre /La Capilla, como una manera de reconstruir la vida infantil en un emprendimiento rural periurbano de las décadas de 1950 y 1960, se centró en cuestiones que consideramos fundamentales para la comprensión del tema: los recuerdos y experiencias vinculados con la instalación inicial de las familias colonas en la vivencia de un niño, la relación con la escuela primaria y la contribución de los niños en el trabajo familiar.

En relación al primer eje de análisis, se destacan en los relatos las dificultades iniciales y las características de un intenso período inicial de adaptación, en el que la cuestión climática y la construcción de viviendas fueron claves.

En segundo lugar, se puede afirmar que la existencia de la escuela primaria rural N° 4 “*Florencio Varela*” propició el arraigo de los niños a la nueva vida en la Colonia, que presentaba rasgos diferenciales a sus vidas anteriores. La adaptación resultó más sencilla para quienes integraban una familia con tradición rural. La escuela, por sobre todo, tuvo en efecto homogeneizador. De hecho, en esta etapa si bien se dio una ampliación del acceso a la educación, no era la prioridad la integración de la diversidad cultural sino homogeneizar a los educandos según el proyecto normalista, que aún con alguna influencia de la Escuela nueva, seguía vigente.

Los niños provenían de entornos muy diversos. De esta manera, la asistencia a la escuela permitió que confluyeran en un mismo espacio todas las diferencias y necesidades de adaptación que tenían educandos de tan disímiles orígenes. La condición compartida por todos era la de no ser oriundos de la tierra que sus familias habían venido a ocupar, cuestión que los dejaba en una posición de relativa igualdad. Es cierto que algunos de ellos tenían mayores dificultades -por ejemplo las vinculadas al idioma para los japoneses y los italianos-, pero en la escuela se manifestaron prácticas formales e informales que permitieron la integración de todos los niños y niñas. Por eso, la escuela no solamente fue un espacio en el que los niños eran escolarizados, sino también donde socializaban. Las relaciones establecidas superaban el ámbito del aula, aunque claramente la escuela era el centro de actividades que los reunía.

Los recuerdos que tiñen las mentes de quienes llegaron para habitar la colonia durante su niñez, oscilan entre lo difícil que fueron los primeros tiempos en un espacio yermo, intensificado por la soledad de vivir en el campo en aquellos que provenían de la ciudad, y también la alegría de asistir a la escuela, junto con el esfuerzo implicado en la colaboración del trabajo familiar.

En este último aspecto, difieren las experiencias según las edades. Hasta los diez años aproximadamente, los niños se dedicaban a tareas adaptadas a sus capacidades físicas, no por ello de menos carga horaria. Luego, eran los varones quienes en general cubrían el espectro de las tareas vinculadas al preparado, carga y transporte de producciones, que incluía, por ejemplo, el manejo de tractores y camiones del campo a la ciudad. Pero las niñas también eran integradas a las dinámicas de trabajo familiar. Participaban a la par de los niños, en tareas en las que no se las discriminaba por género, de enorme esfuerzo y desgaste físico. Incluso, estaban capacitadas en el manejo de la maquinaria utilizada. Esta situación no se distinguía por nacionalidades, pero sí resulta notorio que las familias sin tradición en el desempeño de tareas rurales fueron más flexibles en cuanto a su participación.

Las apreciaciones de quienes vivieron su niñez en la colonia, mayormente revelan cierta satisfacción al reconocer el esfuerzo de sus padres y la unidad familiar, sentimiento reforzado si los beneficios lograron mantenerse en el tiempo, sobre todo para los varones que solían continuar en los lotes cuando ya eran adultos. En este sentido, se puede reflexionar sobre la distinción entre la continuidad con el trabajo en el predio y las experiencias, en relación al género de los niños. En otros casos, los recuerdos no traslucen complacencia, se presentan la desilusión y el reclamo, sobre todo en torno a la participación obligada en el trabajo familiar y, posteriormente, poco reconocida.

No obstante, en general, la vida cotidiana en “17 de Octubre/La Capilla” es revisitada desde el recuerdo con nostalgia por el esfuerzo y la perseverancia de sus familias en arraigarse y hacer productivos los lotes. La remembranza de unos primeros tiempos difíciles quedó grabada de modo patente en sus mentes infantiles, generó un reconocimiento a los que permanecieron frente a todo, y esta es una condición que aún hoy se reconocen unos a otros. Por otra parte, la distancia entre el campo en que transcurría su

existencia y la ciudad como un espacio anhelado, sinónimo de entretenimiento, era vivida con ansiedad y añoranza.

Los recuerdos de quienes vivieron su niñez en la Colonia son amplios, pues convive la certeza de las dificultades de la vida en el campo, las tareas rurales y las obligaciones. Pero los aspectos positivos que constituían motivo de alegría son enunciados, las relaciones de compañerismo y amistad, los juegos y trabajos compartidos, se exaltan como parte de un pasado que constituyó sus existencias, y moldeó sus identidades. Por eso se puede afirmar que la niñez transcurrida en una colonia agrícola como lugar en común, tanto en un sentido literal como figurado, generó una identificación compartida.

Bibliografía

- ARAYA UMAÑA, S. (2002). "Las representaciones sociales: Ejes teóricos para su discusión", Cuaderno de Ciencias Sociales N°127, FLACSO. Disponible en: <http://unpan1.un.org/intradoc/groups/public/documents/ICAP/UNPAN027076.pdf>
- APARICIO S., AGUILERA, M., RE, D., MACRI, M. (2002). "El trabajo infantil en el agro argentino", en *Trabajos infantiles e infancias. Investigaciones en Territorio*. Buenos Aires: La Crujía.
- APARICIO, S. (2007). "El trabajo infantil en el agro". En S. Aparicio (*et al*) *El trabajo infantil en la Argentina. Análisis y desafíos para la política pública*. Buenos Aires: OIT Argentina, Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social.
- ARIES, P. (1993). "La infancia", en *Revista de Educación* N° 254. España
- ASCOLANI, Adrián. (2012). "La escuela primaria rural en Argentina. Expansión, orientaciones y dificultades (1916-1932)", *TEIAS*, Rio de Janeiro, Vol. 14.
- BALSA, Juan Javier (2006) *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense, 1937-1988*, UNQ, Bernal.
- BARSKY, Andrés. (2011). "La agricultura de "cercanías" a la ciudad y los ciclos del territorio periurbano. Reflexiones sobre el caso de la Región Metropolitana de Buenos Aires", Capítulo 1, en Svetlitz de Nemirovsky, Ada (Coord.) *Globalización y agricultura periurbana en Argentina. Escenarios, recorridos y problemas*, Maestría en Estudios Sociales Agrarios, FLACSO, pp. 15-30. Disponible en: <http://www.flacso.org.ar/wp-content/uploads/2013/11/Globalizacion-y-agricultura-periurbana-en-la-Argentina.pdf>
- BERMANI, A. (2010). *Inochi Wa Takara. La vida es un tesoro. Quinteros japoneses en Florencio Varela*. Córdoba: Postales Japonesas.
- BJERG, M. (2012). *El viaje de los niños. Infancia, Inmigración y Memoria en la Argentina de la Segunda Postguerra*. Edhasa: Buenos Aires.
- BLANCO, Mónica (2007), *Reforma en el Agro Pampeano: Arrendamiento, propiedad y legislación agraria en la provincia de Buenos Aires 1940-1960*, UNQ, Bernal.
- CARLI, S. (2002). *Niñez, pedagogía y política: transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- CARLI, S. (2003). "Estudios sobre la infancia en la Argentina. Historia y análisis cultural", en: *VI Congreso Iberoamericano de Historia de la Educación Latinoamericana*, San Luis de Potosí, México, del 19 al 23 de mayo de 2003.

- CARLI, S. (2011). *La memoria de la infancia*. Buenos Aires: Paidós
- CERDÁ, J. M. (2009). "El trabajo infantil en la agricultura de Mendoza. Un ejercicio comparativo". En J. Cerdá y T. Gutiérrez (Comp.), *Trabajo agrícola. Experiencias y resignificación de las identidades en el campo argentino*. Buenos Aires: Ciccus
- CIAFARDO, E. (1994). *Los niños en la ciudad de Buenos Aires (1890/1910)*, Buenos Aires, CEAL.
- COWEN, M. P. (2004). "Infancia, abandono y padres en el s. XIX porteño", *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, N°4, p. 74-99, Buenos Aires.
- CUCUZZA, Rubén (Dir.), Acevedo, C., Bottarini, R. y otros (1997). *Estudios de Historia de la Educación durante el primer peronismo, 1943-1955*, Universidad Nacional de Luján.
- DE MARCO, C. (2012) "Educar la masa rural: la convergencia entre educación y colonización en la provincia de Buenos Aires durante el peronismo histórico. El caso de la colonia agrícola '17 de Octubre'", en *XVII Jornadas Argentinas de Historia de la Educación*, 17, 18 y 19/10/2012, UNT, versión cd-rom, ISBN 978-950-554-764-7
- DE MARCO, C. (2013). "Educación y colonización entrelazadas. La "planta piloto escuela" de Santa Catalina, 1954-1956". En BLACHA, J. L. y POGGI, M. *Redes y representaciones en el poder rural*. Rosario: La Quinta Pata & Camino Ediciones.
- DE MARCO, Celeste. (2014). Colonizar en el periurbano. El caso de la colonia agrícola "17 de octubre-La Capilla", Florencio Varela (1946-1966), tesis de licenciatura inédita, presentada el 11/02/2014 en la Universidad Nacional de Quilmes.
- DEVILLARD, M.J., PAZOS, A., CASTILLO, S., MEDINA, N. (2001). *Los niños españoles en la URSS (1937-1997): narración y memoria*. Barcelona: Ariel.
- DODDS, A. (2004). "La capilla de los ingleses. San Juan – Florencio Varela", en Revista *V.A.R.E.L.A.*, Año 1, Edición 1.
- ESTI REIN, Mónica. (1998). *Politics and education in Argentina, 1946-1962*, Nueva York: M.E. Sharpe, 1998.
- FLORES, R. D. (2004). "Familias británicas en la Sociedad Rural", *Revista Épocas*, USAL, N° 3, diciembre, 2010
- GÉLIS, J. (1994). "La individualización del niño", en: Aries, P. y Duby, G., *Historia de la vida privada*, Tomo 4. Barcelona: Ed. Taurus
- GUTIERREZ, T. (2007). *Educación, agro y sociedad. Políticas educativas agrarias*. Bernal: UNQ.
- GUTIÉRREZ, T. (2010). "Agro y niñez. Representaciones sobre niños y jóvenes en el campo argentino, 1930-1945" en MARI, O.; MATEO, G. Y VALENZUELA, C. (Comp.) *Territorio, poder e identidad en el agro argentino*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- HALBWACHS, M. (1968). *Le mémoire collective*. Paris: PUF.
- JELIN, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid-Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- LIONETTI, L. y MÍGUEZ D. (2010). *Las infancias en la historia argentina. Intersecciones entre prácticas, discursos e instituciones (1890-1960)*. Rosario: Prohistoria.
- MOSCOSO, M. (2008). "Infancia, migración y memoria: una introducción", *Aportes Andinos Review*, Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador. Disponible en: www.uasb.edu.ec/padh.php
- MUXEL, A. (1996). *Individu et mémoire familiale*, Collection Essais et Recherches. Paris: Nathan.
- NAYA GARMENDIA, L. y DÁVILA BALSERA, P. (2005) *La infancia en la historia: espacios y representaciones*. España: Erein.
- NEIMAN, G. (2012). "El trabajo de jóvenes y niños/as en el campo en la Argentina", *Primeras Jornadas sobre Trabajo Infantil*, Buenos Aires..
- PAZOS, A. (2008). "Narrativa y subjetividad. A propósito de Lisa, una niña española", *Revista de Antropología social*, N° 13, 2008.
- PLOTKIN, M. (1994). *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista 1946-1955*. Buenos Aires: Ariel.

- POLLAK, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La construcción de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- PUIGGRÓS, Adriana. (1993a). “Discursos pedagógicos e imaginario social en peronismo (1945-1955)” en PUIGGRÓS, Adriana (Dir) *Historia de la educación en la Argentina*, Tomo VI, Ed. Galerna, Buenos Aires.
- PUIGGRÓS, Adriana. (1993b). “Peronismo: Cultura política y educación (1945-1955)”, en PUIGGRÓS, Adriana. (Dir) *Historia de la educación en la Argentina*, Tomo V, Ed. Galerna, Buenos Aires
- RAUSKY, M. E. (2009). “Los abordajes metodológicos en el campo de estudios sociales sobre la niñez: principales tendencias y perspectivas”, *Revista Renglones*, N° 62, Marzo-Agosto.
- RAUSKY, M. E. (2010). “Trabajo y familia: el aporte de los niños trabajadores a la reproducción del hogar”, *Trab. soc.* (12), ND, Mayo
- WAINERMAN, C. y HEREDIA, M. (1999) *¿Mamá amasa la masa?*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano.